

OBSERVANDO EL CONCEPTO DE CULTURA DESDE LA PESCA ARTESANAL

ARANZA FUENZALIDA VELASCO¹

Cuando hablamos sobre el concepto de cultura es común que vayamos de lleno a construcciones teóricas de alta complejidad, con el afán de comprender en qué consiste esta distinción extremadamente polisémica, sumergiéndonos en observaciones de “segundo” y “tercer orden” que muchas veces nos alejan en demasía de los fenómenos que intentamos observar: la cultura como parte de la realidad social.

En el caso de este escrito, proponemos observar el concepto de cultura a la luz de un fenómeno específico: la pesca artesanal. Entendiendo esta actividad económica productiva como una cultura, pues los pescadores artesanales al desarrollar su actividad, no reproducen solamente una forma de trabajo, sino también una forma de vida: modos de ver, de pensar y de hacer.

A esto se añade que, aunque la pesca artesanal se enmarque dentro de una cultura local, nacional y actualmente global, ésta se distingue como un dominio cultural diferenciado. Lo que se puede afirmar a partir de dos observaciones: por una parte, la sociedad históricamente ha construido “autodescripciones” sobre estos grupos humanos, “distinguiéndolos” de otros grupos; y, por otra parte, dichos grupos distinguidos por la sociedad se identifican y reconocen a sí mismos como “pescadores artesanales”.

En este contexto, emergen las preguntas que orientan este documento: ¿Qué entendemos por cultura?, ¿Existen fenómenos sociales que no se

encuentren atravesados por la cultura? Y por otra parte, ¿Cómo podemos observar la cultura?

Sin duda, surge un sinnúmero de interrogantes al respecto, ya que el concepto de cultura es excesivamente ambicioso y hoy en día el hombre en sociedad no puede entenderse sin que se considere su contexto cultural. En este escenario, para intentar responder estas preguntas, propongo que nos acerquemos al concepto inicialmente desde un plano operativo, atendiendo a una observación de primer orden que puede resultar de gran utilidad para precisar qué entendemos por cultura. A partir de lo anterior, analizaremos la posibilidad de aplicar dos enfoques teóricos que podrían encontrar su punto de inflexión en el concepto de cultura: la teoría de sistemas sociales y la antropología interpretativa.

Observación de primer orden:

Yo soy un pescador artesanal, porque cuando el bote se rompe, yo corto una tabla y lo puedo arreglar, igual que con las redes: si se rompen con las piedras, yo las arreglo. Si hay que hacer una red, un espinel o una cuerda, yo la hago. El fondo del mar es como un pueblo que tiene calles, donde cada una tiene nombre; donde hay piedras se llama bajería, donde hay playa se llama fango. Nosotros sabemos si estamos en las piedras o no, donde está la arena, tenemos que saber hasta dónde llega el fango. Entonces cuando un pescador le pregunta: ¿dónde pillaste esos congrios?, entonces uno responde en el “fango tal”... Entonces el pescador que sabe va para allá. Yendo a la mar, y aunque vaya en la noche

¹ Magíster en Análisis Sistémico de la Sociedad, Universidad de Chile.

oscura, como sea, va donde le dice el pescador: eso es lo que se llama un pescador artesanal. Lo aprendimos con los abuelos, con los tíos, con el padre. (Raúl Tapia, primer buzo escafandra de Los Vilos, 2004).

A partir de este relato, podemos señalar que la pesca artesanal no se reduce exclusivamente a una actividad económica de subsistencia, pues su realización sobrepasa con creces lo meramente económico, desplegándose un fenómeno de mayor complejidad que podemos denominar “cultural”, pues la reproducción de la pesca artesanal involucra un conjunto de prácticas, conocimientos e imaginarios que se encuentran atravesados por un marco simbólico mayor que dota de sentido tanto las acciones como las comunicaciones de quienes reproducen dicha labor. Por lo tanto, los pescadores artesanales, al ejercer su actividad, no reproducen solamente una forma de trabajo, sino también una forma de vida; y con ello, una cultura.

En este contexto, resulta de utilidad lo planteado por Gaarder (1994) en *El Mundo de Sofía*, quien, en una analogía, explica que la cultura corresponde a aquellos lentes con los que cada sujeto social observa el mundo. Lentes que son entregados en el proceso de socialización, pudiendo ser de distintos “colores” –estructuras y/o marcos simbólicos–, dependiendo de la sociedad en la cual uno nace, y que contienen los códigos culturales con los cuales cada integrante de la sociedad significa el mundo más allá de su propia subjetividad. Al equiparar esta idea con la observación de primer orden ya planteada, podemos entender la pesca artesanal como un tipo de lente que contiene los códigos culturales con los que los pescadores observan, comunican y significan el mundo.

En cuanto a la pregunta sobre cómo podemos observar la cultura, lo cierto es que dichos lentes no son totalmente visibles, en la medida que los códigos culturales no se materializan necesariamente en algo concreto. Situación que tal vez nos deja en peor posición frente a esta interrogante, porque si la cultura refiere al marco simbólico con el que significamos el mundo, ¿cómo podemos evidenciar su forma si todo lo que observamos se encuentra mediado por estos marcos?

Desde la teoría de sistemas sociales podríamos señalar que, a partir de la observación de segundo orden, teniendo presente el inconveniente que supo-

ne, la existencia de un punto ciego, debemos asumir que “no podemos ver lo que no podemos ver”. Por ello resulta útil la observación de primer orden ya enunciada, pues a partir de ella podemos ver lo que tal vez el pescador artesanal no puede: su cultura. Y si bien no (nos) resulta totalmente manifiesta, se evidencia en prácticas, conocimientos e imaginarios sociales cada vez que estos reproducen su actividad, ya que para ejecutarla requieren de un conjunto de códigos a los que recurren tanto para llevar a cabo sus prácticas como para construir sus discursos.

De acuerdo a la observación de primer orden presentada, la pesca artesanal refiere principalmente a un “saber hacer”, el que en este caso se materializa en “saber pescar”, pero también en un saber reparar y manejar cierto tipo de instrumentos con los que se ejecuta la actividad; lo que nos remite principalmente a prácticas, y con ello, a una *dimensión factual*. Por otra parte, la reproducción de la pesca artesanal requiere “saber descifrar” cierto tipo de comunicaciones, pues para encontrar “congrios en el fango” tal o cual, el pescador debe comprender el sentido de lo comunicado, ya que si no da con ellos, no estaríamos frente a un “verdadero pescador artesanal”. Lo que podríamos interpretar como parte de la *dimensión social* del sentido, pues “alter” supone que si “ego” es un pescador artesanal, intentará ponerse en su lugar. Tanto prácticas como conocimientos se despliegan en un contexto –tiempo y espacio definido–, lo que nos habla de la delimitación de un horizonte de sentido y de la *dimensión temporal* en la que se reproduce la pesca artesanal. De este modo, cobra relevancia el concepto de imaginario social como parte estructural de la cultura, pues de alguna forma este logra conectar e integrar los códigos simbólicos y darle una unidad discursiva a lo que denominamos cultura.

Por otra parte, en la observación de fenómenos culturales resulta difícil no caer en la idea tradicional de observar la cultura como una esencia, pues en las observaciones de primer orden abundan ideas que refieren a ello, a la noción de la cultura como una sustancia que subyace a los fenómenos sociales, como si tras lo manifiesto hubiese una esencia que explicase todas las cosas. Sin embargo, una de las grandes problemáticas que enfrentamos los investigadores sociales al estudiar las culturas, es que se

encuentran en constante transformación, a causa de su propia naturaleza, la que va adquiriendo sentido en su actualización contextual.

Ejemplo de ello es el discurso que expresan recurrentemente los pescadores artesanales sobre su actividad: “*se está perdiendo la esencia del pescador artesanal*”, “*los verdaderos pescadores artesanales son los que aprendieron con bote a remo*” o bien “*con la modernidad se está perdiendo la tradición pescadora*”. Como si la cultura fuera una sustancia en constante peligro de ser corrompida por los cambios del entorno, lo que nos lleva a preguntarnos sobre el concepto de cultura a nivel teórico.

Desde una perspectiva antropológica general, la cultura apunta al marco simbólico de referencia con el que el hombre –en sociedad– observa, construye y significa el mundo. Desde la antropología interpretativa estos “lentes” son entendidos como sistemas de signos y símbolos transmitidos socialmente, los que estructuran la realidad de las personas que viven en sociedad; quienes participan en la reproducción de esta y que en dicho proceso en última instancia son quienes definen los códigos que se mantienen, los que se olvidan y los que se transforman.

Desde la antropología interpretativa, Geertz (2006) plantea entender la cultura como un concepto semiótico, el que hace referencia a la trama de significaciones en las que se inserta el hombre y que él mismo ha tejido, formando así una urdiembre de signos y símbolos construidos socialmente; donde el antropólogo, más que buscar el cumplimiento de leyes generales, lo que hace es un ejercicio interpretativo donde a partir de la “observación de observaciones”, debe intentar comprender e interpretar el sentido y el significado que los hombres le dan a ese entramado de signos y símbolos que reproducen en su vida social, convirtiéndose así en un hermeneuta. En este sentido, la labor del antropólogo puede ser entendida también como la observación de segundo orden propuesta por Luhmann en la teoría de sistemas sociales, donde lo que realiza el investigador social son observaciones sobre observaciones.

Desde la teoría de sistemas sociales, el concepto de cultura no se aleja en demasía de lo propuesto por la antropología interpretativa; es definida como el lugar donde las autodescripciones construidas por

la sociedad se reflexionan –a partir de la memoria de los sistemas sociales–, convirtiéndose en un concepto profundamente histórico, ya que refiere a un proceso que se despliega en el presente, específicamente en la reproducción de la comunicación social con sentido, donde se define qué se recuerda y qué se olvida, actualizando o desechando selecciones que constituyen distintas tradiciones (Luhmann, 1997). En este sentido, la cultura puede ser entendida como el contexto –materializado en la memoria– en el que se efectúa la doble contingencia; lo que puede ser equiparado a la idea de los símbolos prefabricados –tradición– que utilizan los sujetos para comunicarse y reproducir la sociedad.

Desde estas perspectivas queda en evidencia que el concepto de cultura refiere a un proceso eminentemente dinámico, en tanto que en la reproducción de la vida social existe la posibilidad de mantener las estructuras dadas o de transformarlas en su ejecución, lo que puede ser visto como la mantención de la tradición o la integración de la variedad. Ahora bien, una de las mayores ventajas del concepto de cultura es que permite construir unidades comparables en un mundo completamente heterogéneo, posibilitando observar la unidad de la diferencia.

Referencias bibliográficas

- Gaarder, J. (1996). *El Mundo de Sofía*. Madrid/ Barcelona: Siruela.
- Geertz, C. (2005). *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Luhmann, N. (2007). *La Sociedad de la Sociedad*. México D.F.: Universidad Iberoamericana/ Herder.
- _____. (1997). *La Cultura como Concepto Histórico*. Javier Torres Nafarrate (Trad.).